

RETRATO DE UN POETA

1929-1978

En cierto modo, Enrique Lihn fue el poeta por antonomasia de mi generación, la llamada "generación del cincuenta", que en sus comienzos parecía más bien una generación de prosistas, con Enrique Lafourcade, que asumía por su propia cuenta un papel de inventor y de animador del grupo, y con José Donoso, Claudio Gacóni, Margarita Aguirre y algunos más. Hubo otros poetas, desde luego, y algunos primeros libros notables, como *La greda vacía*, de Alberto Rubio, y *Contigo y Epitafio*, de David Rosenmann Taub; pero Rubio se encerró durante décadas en su profesión de funcionario judicial, juez rural, juez de provincia, y Rosenmann, a pesar de ser uno de nuestros poetas más prolíficos, se convirtió pronto en una figura secreta, enigmática, y ahora es una especie de "iguí" que ejerce en algún lugar del estado norteamericano de California.

Mi imagen inicial es la de Enrique Lihn en el Parque Forestal de Santiago, de 19 ó 20 años, delgado, esbelto, ajeno al paisaje e integrado a la vez a un universo propio que parecía envolver y transformar el paisaje, caminando entre senderos modernistas, cerca de fuentes, estatuas, inscripciones, caprichos arquitectónicos, que con los años pasarían a formar parte del repertorio de su alter ego o heterónimo Gerardo de Pompiet.

Yo bajaba desde el relativo orden representado por la Escuela de Leyes, en el extremo oriental del Parque, y él subía desde el recinto de una bohemia más o menos estereotipada, con resabios de ópera italiana y de lo que se conocía entre nosotros como "Escuela de Montparnasse", que era el edificio de Bellas Artes. Lihn siempre venía leyendo algún libro desapapelado, libro que adquiría en sus manos, en su comentario, en su gesticulación, una categoría iniciática. Por lo demás, todas nuestras lecturas de entonces, en alguna medida tenían ese carácter: Joyce, Kafka, Borges, Alain Fournier, Rimbaud, el Neruda de *Residencia* y el Huidobro de *Altazor* y de *Últimos poemas*. En esos años, Lihn ya era humorista, incisivo, acenado. Había hecho títeres y pantomima con Alejandro Jodorowsky y después se habían distanciado por una cuestión de faldas. Se le había ocurrido emprender en Bellas Artes, animado por



Enrique Lihn fue uno de los cabecillas de una generación iconoclasta, anarquizante, "colérica", como se decía entonces.

algunos ejemplos de la familia, una carrera de dibujante y pintor, pero pronto la había interrumpido. Y acababa de publicar *Nada se escurre*, libro de versos del que después renegaría, pero que ya revelaba esa condición de "artista de la palabra" que iba a definirlo para siempre.

Lihn fue uno de los cabecillas de una generación iconoclasta, anarquizante, "colérica", como se decía entonces, movida por la cólera, y más que por la cólera por el rencor. "Barro, rencor inagotable", escribió en un poema sobre los orígenes, publicado en *La pieza oscura*. Ese espacio, por lo demás, esa penumbra de los juegos infantiles, la pieza oscura, era el cuarto maternal, territorio original, mito, paraíso anterior a la entrada en la "molienda de tiempo", es decir, en la vida adulta.

En la década del sesenta, Enrique Lihn llegó a la madurez de su lenguaje y fue uno de los mejores poetas latinoamericanos del período, período rico en la narrativa y también en la creación poética. Era un típico ejemplo de poeta y escritor intelectual, fenómeno más bien escaso en nuestras latitudes. En los años sesenta había conseguido salir del lenguaje excesivamente alambicado de su juventud y se había acercado a esa "modesta y secreta complejidad" de que

habla Borges. Además, como todo poeta intelectual, tendió a la invención de una persona poética y literaria, otro Enrique Lihn, actitud que lo condujo, años más tarde, a la creación decidida de un heterónimo, Gerardo de Pompiet, esteta finisecular perdido en nuestro bárbaro tiempo presente.

Todos, a raíz de la muerte del poeta en julio de este año, han citado los mismos versos de *La transición de las pobres esferas*. Lo que ocurre es que ahí Lihn alcanzó la síntesis, la "modesta y secreta complejidad", en la invención de su propia "persona". Era, enseguida, una invención que partía del hecho del lenguaje y de la escritura. El poeta creaba el lenguaje y era recreado por él. Se demostraba que el primer heterónimo de un poeta es su propia voz poética, distinta de él mismo, dotada de autonomía:

"Porque escribí no estuve en casa del verdugo
ni me dejó llevar por el amor a Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses
ni me hice desear como escribiendo
ni la pobreza me pareció amor
ni el poder una cosa deseable
ni me lavé ni me ensucié las manos
ni fueron vírgenes mis mejores amigas
ni tuve como amigo a un fanático
ni a pesar de la cólera
quise desbaratar a mi enemigo.

Pero escribí y me muero por mi cuenta,
Porque escribí porque escribí estoy vivo."

Es curioso que en su poesía de esos años apareciera con extraordinaria insistencia el tema de la muerte. Cuando supo en forma, digamos, definitiva, que se iba a morir, en junio de este año, esa familiaridad anterior pareció que lo ayudaba. El presentimiento se transformó en aproximación y conprecación, pero el ánimo ya estaba preparado. El diario de vida que era su poesía se convirtió en un diario de muerte, su libro póstumo. Uno observe de inmediato que ese título, como el de *La pieza oscura*, como todos los suyos, tiene un valor alusivo y de metáfora: alusión a los orígenes, alusión al proceso total de la escritura. Poesía de paso, musiquilla de las pobres esferas, diario de vida, diario de muerte: todo depende del punto de vista, pero todo se reduce a lo mismo. ▀

Retrato de un poeta [artículo] Jorge Edwards.

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Retrato de un poeta [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile